

# LA GUERRA EUROPEA

NÚMERO 110.—BARCELONA 31 DE MAYO DE 1916



Un campamento de internados civiles alemanes, en Francia

## CRONICA INTERNACIONAL

I. El esclavo de su culpa.—II. La técnica en Alemania.—III. La cuestión de Irlanda

### I.—El esclavo de su culpa

Cuando Inglaterra, que no puso freno a su lengua en todo el primer año de la guerra, ha entrado en una vía de relativa moderación y declara, por boca de su primer ministro, que nunca ha entrado en sus planes el atentar contra la unidad del Imperio alemán; cuando de la prensa británica y de la rusa e italiana se van desterrando aquellas amenazas ridículas que eran el encanto de los que juzgaban por sus propios deseos y no por lo que decían los hechos; cuando las ilusiones han entrado en su otoño y amarillean y caen, unas tras otras, el Presidente de la República francesa, ilustre solitario, pasea sus tristezas por los pueblos y aldeas, haciendo sonar, de un modo que parece fúnebre, los eternos tópicos de «aplastamiento», «justicia», «libertad», «derecho» y «victoria final».

¿Acaso es tan menguada la inteligencia del Presidente, que no se percata de la realidad de las cosas?

¿Tan mal le enteran sus consejeros, que no advierte que Francia está sin población masculina, impúberos casi y casi ancianos en las filas, y en retroceso lento, pero retroceso, los ejércitos? ¿Ignora que desde la batalla del Marne, Francia, lejos de arrojar de su suelo al invasor, ha perdido más terreno que ganado? ¿Olvida los escarmientos de Gallípoli, las inutilidades de Salónica, el desairado papel durante la invasión de Serbia, las voces apremiantes y angustiosas en demanda de auxilio al mundo neutral? ¿Tan poca significación tienen los hechos asombrosos ocurridos en los dos últimos años, que puede lícitamente nadie, nadie, cualquiera que sea el campo en que milite, seguir en la misma posición que adoptó en agosto de 1914? Sería vana empresa, porque, como dijo el poeta, *e pur si muove*: el mundo se ha movido, y con él cuantos le habitan.

Hombre de relevantes y muy esclarecidas dotes es el Presidente; lo dijimos antes de que estallara la guerra europea, lo repetimos después y lo seguimos



creyendo hoy. Es uno de los mejores estadistas que ha tenido Francia en los últimos cuarenta años, pero, lo mismo que Napoleón III, partió de una base falsa; ajeno al ejército, dió al factor material una importancia desmedida; contando con Inglaterra y Rusia, como si dijéramos con el dominio del mar y la tierra, se creyó invencible; una vez despedida la incógnita de Inglaterra, se lanzó a la lucha, convencido del triunfo inmediato. Aquel viaje famoso a Petrogrado, en cuyas últimas etapas le sorprendieron las discusiones austro-rusas, precursoras de la guerra, no tuvo otro objeto que el de fijar la declaración de la guerra; porque la guerra era inevitable: si este simple cronista pudo vaticinarla con exactitud en 1913, ¿cómo podía desconocerla el Presidente? Hombre de acción, además de hábil político, impuso el servicio de los tres años, apenas fué elevado a la primera magistratura; hombre de acción, desde el día mismo del advenimiento al poder, marchó en derechura hacia la guerra; lo dijimos a su tiempo. Pero le faltó tiempo para acabar de preparar a su país, y le faltó competencia profesional para apreciar en su justa medida el poderío real y efectivo de los dos grupos de beligerantes.

Del cuadro trágico de los horrores de la contienda inmensa, destacan tres figuras principales: Poincaré, que forjó el rayo; Grey, que extendió y dilató la tormenta, para que arrasara sin misericordia el país sobre la que había de desencadenarse; el Kaiser Guillermo, guerrero esforzado apostado en la vanguardia, que con un brazo sostenía el escudo que mantenía la paz sobre Alemania, y con la otra mano asía fuertemente la empuñadura de la espada. Ya se ha visto la actuación de los tres. El Kaiser, jefe supremo del ejército, siempre en su puesto; Poincaré, en un plano más político, entregado al inútil empeño de decidir la guerra por el empleo de medios políticos; Grey, el diplomático de las sombras y ambigüedades, vuelto a la sombra, después de un período de brillo fugaz. ¿Quién se acuerda hoy de Grey ni se ocupa en lo que hace? ¿Qué derrota, qué humillación tan grande, para el hombre que se creyó árbitro de los destinos del mundo!

Menos feliz Poincaré que su colaborador Grey y que su auxiliar Delcassée, su posición al frente del Estado le obliga a perseverar en la actitud que adoptó. Un ministro que se equivoca o que fracasa, dimite o se anula, sin comprometer el rumbo tomado por su nación; pero cuando el error es del primer magistrado, la rectificación de éste implica la paz inmediata, y si ésta ha de ser onerosa y desdichada ¿cómo aceptarla y provocarla? ¿No será mejor que las circunstancias y las realidades se impongan, y releguen las personas a segundo término, eximiéndolas de iniciativas que lastiman y hieren?

Ha podido callarse Grey y dejar que Asquith— aunque también habló antes más de lo que ahora le convendría—vaya aguantando el vino y quitando hierro a las bravatas y bravuconerías de su ministro de Negocios Extranjeros; pero Poincaré, héroe por fuerza, está condenado a seguir desempeñando su papel. Apoderóse al principio de los conceptos de «derecho», «justicia», etc., y sobre estos tópicos versó toda su gestión diplomática y política. El día en que falten en sus discursos los eternos conceptos, el país se dará cuenta y atribuirá la omisión a la con-

fesión de la derrota; aquel día la paz será inevitable y el responsable de sus pesadumbres no podrá ser otro que el Presidente.

Por eso Poincaré continúa agitando en el vacío, ante el país empobrecido, los hogares desolados, las madres y esposas enlutadas, los huérfanos a millares, aquella palabrería que a él mismo debe de producirle el efecto de un sarcasmo. El, uno de los hombres de más claro juicio de Francia, tiene que aparentar ser casi el único engañado y fuera de la realidad. La desgracia va abriendo los ojos a la Nación; si el Presidente reconoce en público la verdad, ¿cómo persistir en la guerra?; pero si se va a la paz, por inducción o por la actitud de Poincaré ¿quién evitará las tremendas consecuencias que sobrevendrán y cómo acallar la irritación general? Posible es que si el Presidente ciñera espada, como Joffre, hubiera resuelto ya en consonancia con lo que sin duda cree. Ahora, infeliz solitario, ni puede con sus talentos políticos conjurar el conflicto que se avecina, ni con su mera autoridad de hombre civil resolverse a una medida radical. Esclavo de su culpa, la está purgando sin esperar que se restablezca la paz.

## II.—La técnica en Alemania

Llenos vienen los discursos y los periódicos ingleses de excitaciones a que en la Gran Bretaña se imiten y copien la organización, los métodos y hasta las costumbres alemanas, lo cual no es óbice a seguir llamando crueles, incivilizados, incultos, bárbaros y otras lindezas a los teutones. Francia ha tardado más en entrar por este camino; los desengaños y decepciones padecidos la han obligado a prescindir de su vano amor propio, y ahora hace lo mismo que Inglaterra. Hasta los poetas y literatos más alejados de la realidad empiezan a comprender que con lirismos y frases bellas no se ganan las batallas, que antes de las bellas artes están las necesidades de la existencia, y que no es ocultando el mal ni engañando al paciente y a su familia como se curan las enfermedades. Cantando y riendo, soñando con el triunfo final, despreciando a los alemanes, Francia se va hundiendo en el abismo. Basta ya de arte, han empezado a decirse allí, y pensemos un poco más en la prosa de la vida.

No hace muchos días, el senador francés monsieur Herriot, ha dado a conocer algunos datos sobre las enseñanzas técnicas en Alemania y pide que este ejemplo sea seguido por Francia. Cuenta Alemania con 11 universidades politécnicas, 547 escuelas industriales, 85 de comercio, 2,313 cursos de perfeccionamiento industrial y 522 de perfeccionamiento comercial. Gracias a tan numerosos centros de cultura, en 1902 más de 400,000 jóvenes alemanes recibieron instrucción técnica, mientras que los jóvenes franceses son enviados al comercio o industria sin preparación ninguna. Por eso, afirma Mr. Herriot, la enseñanza técnica triunfa en la presente guerra y Alemania se defiende por sus especialistas.

Sin la potencia de la química, Alemania estaría ya vencida. Los químicos alemanes subvienen a las necesidades de la guerra y defienden su industria. Trátese de remediar la falta de resina, o la de amoníaco o los nitratos, los químicos alemanes dan la solución, y no se notan los efectos del bloqueo. En



lo que atañe a la alimentación, Alemania saca un partido asombroso de las levaduras, perfecciona los abonos, extrae aceite y miel de plantas que se creía inútiles, desarrolla el forraje artificial, reemplaza el café por malta, cebada o judías tostadas. Antes de la guerra y ahora, los laboratorios pusieron en primera línea a la industria alemana, que en los dos últimos años ha dado un paso de gigante.

Al cuadro anterior le falta una pincelada, que el amor patrio del senador Herriot, le ha impedido dar. Mientras Alemania calla, trabaja y labora en silencio, Francia, y también Inglaterra, está en pleno delirio de la lengua y de la pluma. ¡Cuántas fábulas han puesto una moraleja a este contraste! Por desgracia de los compatriotas de aquel senador, los pueblos no cambian su idiosincrasia de la noche a la mañana. Es más cómodo y más bonito caricaturizar al adversario y mofarse de él, que recluirse en un laboratorio o un taller y dedicar todas las energías mentales, materiales y psicológicas al bien de la Patria. Pero la fácil despreocupación, la elegante frivolidad, tienen el mismo castigo que la holgazanería y el atraso, y se pagan caras el día de la guerra. Si a Francia le agrada más reír—pensará para sus adentros Alemania,—ría en buena hora; a mí me va mejor con el trabajo; tiempo llegará en que la risa se trueque en llanto y en que el laborioso descanse.

### III.—La cuestión de Irlanda

No ha sido derramada completamente en vano la sangre de los patriotas irlandeses. La represión fué dura, excesiva. No cabe desconocer que se mezclaron en las necesidades militares los odios seculares de raza, y que el número y calidad de las víctimas sobrepusieron a lo indispensable. Por un momento, pareció que se trataba de exterminar a la rama de los nacionalistas exaltados; pero al exagerarse la severidad se produjo una saludable reacción y apareció el efecto contrario. Intervino el Gobierno, movido por el instinto de conservación y empujado tanto por la actitud de los irlandeses como por el rigor que desplegaban los instrumentos gubernamentales. De aquí, un nuevo estado de cosas.

Combatido el Gobierno por una gran parte de la prensa, y no la menos influyente, se sostiene en el poder, gracias al apoyo de algunos grupos, independientes y conservadores, y en primer término de los irlandeses que acaudilla Redmond. Ponerse enfrente de éstos, equivalía a privarse de un valioso puntal, a encender en el Parlamento la tea de la discordia y llegar en breve plazo a una crisis total. En estas circunstancias, la crisis, con la consiguiente disolución de la Cámara de los Comunes y la convocatoria de elecciones generales, abriría un angustioso interrogante en el porvenir del Imperio. ¿Cuál sería la composición del nuevo Parlamento? ¿Condenaría el país, según indican algunos periódicos, la aventura guerrera y se manifestaría abiertamente por la paz? En tal caso, ¿no se irritarían Rusia, Italia y Francia y pedirían cuentas a Inglaterra, haciéndola responsable de los desastres padecidos? Sin ir tan lejos, ¿no sería peligroso en los presentes momentos el disolver la Cámara y obrar el Gobierno sin el concurso de los representantes del país? No podía, pues, lógicamente malquistarse Asquith con Redmond.

En otro concepto, la insurrección de Irlanda ha inferido una terrible herida moral y material al Imperio. Ante lo sucedido a la desgraciada Erin, los llantos fingidos de los ministros ingleses por la violación de la neutralidad de Bélgica, han perdido toda su fuerza. No hay unidad en el Imperio; Londres tiene que atender al peligro alemán y al peligro doméstico, peor todavía que el primero, porque revela que la fuerza del coloso no es tan grande como aparentaba. Era menester acallar sin pérdida de tiempo, aunque fuera con una solución provisional, el descontento irlandés.

En último término, la conducta de los agentes gubernamentales estaba provocando un malestar general. No eran ya los nacionalistas más vehementes los que se declaraban contra Inglaterra, sino que hasta en el Ulster, con su mayoría de protestantes, se patentizaba el disgusto contra el Gobierno, de donde podía originarse un nuevo movimiento nacionalista, más incruento, pero más temible que el primero, porque acaso naciera de él la unión política de todos los irlandeses, a la que se ha opuesto constantemente con suma habilidad el Gobierno. Era menester obrar sin dilación.

En estas condiciones, el primer ministro, Asquith, se trasladó a Irlanda, puso fin a los juicios sumarísimos, conferenció con los personajes más significados de todos los partidos, se puso de acuerdo, ya en Londres, con Redmond, y parece que se va a conceder a Irlanda un poco más de autonomía, aunque siempre bajo la dependencia de Inglaterra. Una vez más se ha demostrado que la razón, si no va acompañada por la fuerza, de nada sirve. De más utilidad han sido a Irlanda los sacrificios de los *Sinn Feinners* que los discursos y los folletos brotados en muchos años de los cerebros de sus hombres más eminentes.

Dentro de su desgracia, más afortunados han sido los irlandeses que los polacos. Los alzamientos de éstos, lejos de mover a medidas razonables al Gobierno moskovita, le daban pretexto para estrechar más y más el dogal que tenía puesto al histórico reino; y aun ahora, cuando parece que Polonia ha sido arrancada definitivamente de la esclavitud en que la tenía Rusia, todavía ésta se resiste a mostrarse liberal y compasiva. ¡Calcúlese lo que sería si los buenos rusos reconquistaran la Polonia y la Lituania!

Media, por consiguiente, una enorme distancia entre Inglaterra y Rusia. Ambas, y en general todos, obran según les conviene, pero, mientras la segunda no confía más que en la fuerza y el látigo, la primera, de mayor capacidad intelectual, dulcifica la condición de la víctima. Es una lección que importa recoger.

F. LARIN.

### UN GRITO DEL CORAZON

¡Cuánto ha pesado sobre nosotros y cuánto daño nos ha hecho nuestra situación geográfica! Ella nos obligó a servir de escudo a Europa contra la invasión árabe; nos impulsó a intervenir en las contiendas del norte de África y en todas las cuestiones que se suscitaron en el Mediterráneo; en los tiempos florecien-



tes fué causa de que nuestras energías se dispararan en otros mundos, mientras que en las épocas de decadencia favoreció los ataques de nuestros enemigos. Por su situación geográfica, que ha impreso un carácter especial a nuestra raza, luchamos primero, apartados de Europa, contra el poderoso invasor musulmán, y luego huímos de nuestro solar, derramando en otras latitudes las fuerzas y cualidades que tanto nos precisaban para nuestra reconstitución. Salvamos al occidente de Europa y luego le abrimos espléndidos horizontes. ¡Así nos lo ha pagado!

Desde los comienzos del siglo XVIII, se abatió sobre la Península un nuevo daño, de efectos lentos y

afán por lo exótico y el desprecio a lo nacional; y anteponiéndose lo agradable a lo útil y la forma a la enjundia, vino la frivolidad que nos consume y el desvío a todo lo que es genuinamente hispano. Las flores nos hicieron perder de vista los frutos. De Francia nos llegaban los aromas, no siempre bien olientes, y de allí nos arrancaban la substancia. Con todo, otro mal más grave vino a sintetizar esos influjos franceses: creímos, y no pocos literatos y artistas decadentes, de esos que para brillar necesitan envolverse en el oropel de lo extranjero, porque carecen de luz propia, lo siguen creyendo todavía o les conviene aparentarlo, que la voz de Europa era la



La telegrafista húngara Eva Barath, condecorada con la cruz militar de oro. Cuando los serbios atacaron Klenack, permaneció en su puesto y siguió telegraphiando, a pesar de las granadas que destruían el edificio; cuando por fin éste se incendió, Eva desmontó el aparato y lo llevó consigo

sutiles, ponzoñosos y letales a la larga: la influencia francesa. Baladí, superficial, ligero, agradable, de cierto buen gusto aparente, el espíritu francés, poco profundo, egoísta como el que más, se fué infiltrando en nuestras costumbres, se adueñó de las modas, expulsó la rancia virilidad castellana, se impuso en la moda, tiranizó nuestra literatura; fué como el canto de sirena que nos adormeció, substituyendo la varonil entereza por una gracia afeminada, infecunda, mortal. Engendró en ciertos entendimientos, cuya descendencia ha aumentado, por desdicha, el

voz de Francia. Nos dimos a cultivar el idioma galo, ese idioma que no cuenta con un Cervantes o un Shakespeare, un Camöens o un Dante o un Goethe, y concluimos por saber del mundo lo que de él nos quiso contar y como quiso contarlo nuestro país vecino.

Hoy más que nunca padecemos las molestias y los males de ese dogal francés. Nos enteramos de lo que ocurre en el planeta por la prensa francesa; el ingenio galo ha producido en la última centuria muy pocas obras capitales en las ciencias y en las ar-



tes, pero nos ha dado a conocer, del modo que le ha convenido, las obras inglesas, alemanas y de otras procedencias que, en su alta sabiduría, dejó pasar, no a veces sin adulterarlas, la endiosada Francia. Conocemos, por ejemplo, y nos son familiares, los nombres de los pintores franceses y de algunos, pocos, porque no son más, músicos, poetas y hombres de ciencias de la misma nacionalidad; y hay quien cree de buena fe que en el mundo no existen más hombres eminentes que aquellos; si se asomaran al Rhin o pasaran el mar, se persuadirían los adoradores de los plagarios galos, de cuán poco representa hoy Francia en el concierto de las humanas inteli-

en la letra, sí en el espíritu. El resultado ha sido que nos hemos aislado del mundo, no por la barrera de los Pirineos ni por lo proceloso de los mares, sino por haber tomado como mentores y guías a los franceses, aceptando hasta con orgullo una tiranía mental y espiritual mil veces peor que la material, porque destruye nuestras virtudes y nuestros sentimientos nacionales.

Medida altamente sabia, de verdadero resurgimiento hispano, sería la de prohibir, por un par de lustros siquiera, la enseñanza del francés y la introducción de traducciones francesas, fomentando en compensación el estudio del inglés, del alemán, del



Construcción de un abrigo en una trinchera alemana

gencias. Su literatura es morbosa, atentatoria a las buenas costumbres, y como ella otras muchas disciplinas; con lo vistoso de la forma se oculta el veneno.

No ha abusado Francia, no; hemos sido nosotros los culpables de habernos dejado embaucar. Fácil el idioma francés y abundantes los placeres asimismo fáciles de la República vecina, hemos descuidado el conocimiento íntimo y directo de las demás naciones. La prensa y la literatura francesas dirige a gran parte de nuestras gentes; la prensa y la literatura llamadas españolas no son en nuestra época más que un portavoz, una servil traducción de las francesas, si no

italiano, del portugués... Bastan y aún sobran los lazos de vecindad para que Francia nos enseñara más de lo que nos conviene aprender. Ya sabemos que esto es irrealizable, imposible, pero... ¡qué utopía tan hermosa!

Merced a este estado de cosas, le ha sido fácil a Francia llevar la confusión y el error a muchos españoles. Las más absurdas y viles patrañas han encontrado eco en ciertos entendimientos predispuestos a recoger la mala simiente. Se ha perseguido implacablemente todo lo bueno que hay en Alemania, hasta lo más evidente y consagrado por los siglos, utilizando con desparpajo todas las armas, y en últi-



mo término la del silencio. Se han sostenido las más horrendas calumnias; se ha huído de la verdad; se han tergiversado los hechos; el insulto ha substituído al razonamiento, y la pasión a la ecuanimidad; se ha llegado a los últimos límites de la desaprensión...

¡Qué mucho que de vez en cuando nuestra nobleza española, nuestra hidalguía, nuestro arraigado concepto del honor, ponga en nuestros labios un grito de indignación! No con calumnias se combaten los adversarios esforzados; sí con las armas y frente a frente. Antes de imitar a los reptiles, deben los hombres portarse como paladines. Y sin salir de Francia, abundantes ejemplos encontrarán, los que tan mal proceden, de cómo se conducen los corazones bien templados y los entendimientos elevados. Háganlo, cuando no por otro motivo, en favor y justificación de la dignidad humana.

.....

## AL FRENTE AUSTRO-HÚNGARO EN GALIZIA

En el valle del Ung.—Lo que nos cuenta el Mayor

VII ;

Amanece. En la llanura que recorre el Ung con sus múltiples afluentes, van apareciendo uno tras otro los caseríos, las aldeas, las villas rústicas y pobres, pero alegres, algo veladas en la semiclaridad de las primeras luces del día. La claridad aumenta rápida. A lo lejos se extiende la vista sin que nieblas la opaquen, ni montes la limiten. El contraste con el paisaje que iluminaba ayer el sol al meterse en su lecho de peñas y de picos es tal, que me creo un momento transportado durante la noche como por arte de encantamiento a un país muy lejano y diverso. Me froto los ojos, aún calientes del sueño, y como lo que vea es realidad, me pregunto si lo que ayer viera no lo he soñado. No, seguramente. En el oriente asoman los primeros rayos del rojizo sol entre nuevas cimas de montañas sin fin, que se extienden hacia el nordeste, en cuya dirección se arrastra lentamente subiendo, nuestro tren. Fué una variante nada más del paisaje. Los Cárpatos nos rodean por tres lados. Al otro, corre el Ung presuroso, riela el Toplya, espiralea sinuoso el Theiss, para, unidos, mezclar su tributo de blancas aguas con las azules ondas del Danubio.

Las narraciones de nuestro buen compañero de viaje nos retuvieron hasta muy entrada la noche fuera de la cama. Apenas habremos dormido dos horas y media. Mas no hay que perder tiempo. ¡Arribal! Los ordenanzas son muy comedidos. Entre chistes y buenas razones refrescamos nuestras caras soñolientas en las palanganas de goma. Desayuno a las siete. El capitán aposentador es decididamente un buen amo de casa y un huésped encantador. A las ocho un «Schnaps», es decir, una copa de licor. Mientras el tren, sin apresurarse, sube las faldas de los Cárpatos nuevamente, el ordenanza prepara la repetición del «Schnaps».

A nuestra derecha corre el río Ung en sentido opuesto, cortando los Besquides en dirección de N. a S. Frente a nuestros ojos se levantan cada vez más

altas las cimas escarpadas de los montes. Abajo, en el valle, la vida y el movimiento son grandes; después de la despoblación pasajera que la cercanía de las hordas eslavas causara. La vegetación es magnífica, como si la naturaleza recompensara en las angostas zonas aprovechables, por las más extensas que cubren peñas y selvas en las pendientes abruptas y las frías cúspides de las montañas, con sus pequeños lagos innúmeros.

El tren se detiene antes de llegar al paso de Uz-sok, en la estación de Fenyvesvelgy. Como habrá de permanecer largo rato aquí, el Mayor nos invita a abandonar la estación para recorrer en las cercanías algunos lugares que han sido teatro de las últimas luchas.

Recorremos gran trecho a lo largo de lo que fueron posiciones austro-húngaras. Como las que he tenido ocasión de observar en Francia el pasado mes, llenan las obras aquí construídas los requisitos esenciales de ocultar al hombre a las balas enemigas y de proporcionarle la mayor comodidad de tiro y observación. Y, sin embargo, ¡qué distintas! La continuidad casi ininterrumpida de las primeras, no existe aquí. Las condiciones del terreno requerían un planteamiento diverso. Las elevaciones de alguna importancia, que dominan el más insignificante hundimiento del terreno por donde un avance fuera posible, son los sitios donde las trincheras predominan. Pero también se las encuentra en los vallecillos y planicies, con tal que no estén expuestos muy de cerca a una altura predominante, lo cual las haría innecesarias o peligrosas. Escarpadas pendientes suelen separar una de otra y, aunque realmente muy cerca entre sí para llegar de la una a la otra, es necesario un rodeo considerable.

«Ya comprenderán ustedes—decía el Mayor—las inmensas dificultades que en estas condiciones presenta la conducción de una guerra, tanto en lo estratégico, como en lo táctico. En lo primero por la dificultad insuperable de una dirección de conjunto sobre todas las partes en que las operaciones se han de verificar, pues la escasez de comunicaciones tiene por resultado impedir que la atención del jefe pueda abarcarlo todo en un momento dado. De ahí que sean los jefes subalternos los que en cada caso tengan que resolver y determinar. Cada división, ¡qué digol, cada compañía forma, por decirlo así, un ejército aislado, abandonado a sus propios medios, sin contacto con las demás tropas. En el terreno de la táctica, para formarse una idea, basta y es preciso haber visto directamente los lugares. Ante los ojos de ustedes se desarrolla uno de los puntos donde los impedimentos son menores, pues que aquí el terreno es relativamente poco accidentado. Más adelante tendrán ustedes oportunidad de ver siquiera sea de lejos alturas más escarpadas, bosques más densos. Las comunicaciones con la retaguardia son en extremo difíciles, muy frecuentemente intransitables para carros y aun para caballos. De esta manera, el transporte de víveres y municiones hasta las tropas tiene que ser precario y mal servido. Si a todo esto se agrega los caminos helados y resbaladizos, las nieves que lo cubren todo en invierno, el frío intenso que mata, a nadie parecerá extraño que hayamos tenido que retroceder ante el avance ruso. Los rusos podían disponer de una cantidad muchísimo mayor



de hombres que la que estaba a nuestra disposición. También sus pérdidas pasan con mucho el doble de las nuestras. Sin embargo, entre tanto, llenábamos nuestros cuadros, organizábamos nuestras retaguardias, consolidábamos nuestras posiciones, instruíamos, por decirlo así, de nuevo nuestras tropas para la guerra espantosa de montaña. Durante el invierno tanto el movimiento como el reposo nos costaba caro. Los hombres se helaban de frío, muy especialmente tuvieron que sufrir con esto las fuerzas de nuestros aliados, en gran parte de la región de Hannover. Nuestras tropas conservaban a pesar de todo, el buen humor y el entusiasmo, en medio de tantos trabajos y privaciones. ¡Yo he visto cómo los soldados se divertían en hundir agujas en sus pies, después de quitada la bota, y cómo reían al ver perderse el instrumento de dolor, sin haberles ocasionado la menor sensación!

»Apenas los deshielos nos aseguraron las comunicaciones, el conjunto de nuestras fuerzas en los Cárpatos, con anticipación y método alistadas, comenzó su ofensiva en toda la línea. Nuestras tropas no están instruidas para la defensiva. Su verdadero campo es el de la ofensiva, como lo han demostrado en numerosas ocasiones. Así fué esta vez también. Aquí y allá, en todos los pasos de los montes, desde el Dukla, a pesar de la poca conexión de las diferentes partes del frente entre sí, el avance se verificó en muy semejantes condiciones. Duras fueron las luchas. Centímetro por centímetro, uno tras otro, las alturas y los valles, había que arrancar el terreno a los rusos, asentados ya y fortificados con ingenio. Los rusos se defendieron bien, con terquedad. Pero ante el ataque de nuestros valientes soldados no podían resistir. Poco a poco fueron desocupando los pasos de importancia: el Dukla, el de Lupkow, el de Uzsok, etc. Ya en las faldas del lado norte el empuje no era vencible, adelantamos como bajan las rumorosas aguas del deshielo, hasta alcanzar la planicie. La ofensiva se dividió en dos partes. La primera limpió el territorio húngaro de los invasores, la segunda nos puso en posesión de más de la mitad de Galizia. A fines de abril luchaban aquí todavía los contendientes. Actualmente se lucha en el Zlota Lipa y en el San».

Todo lo que en el país y en el extranjero se diga es poco para dar el justo precio a los esfuerzos heroicos de los soldados de Francisco José realizados en la batalla de los Cárpatos.

J. C. GUERRERO.

Estío de 1915.

## CONVERSACIONES DE LA GUERRA

### Los gladiadores

—No me maree V. más, señor B., y déjeme de agobiar con su victoria final y...

(El señor B).—Es una cosa matemática, don Subrio, y no negará V. lo matemático.

—Lo que le digo a V. es que cada trimestre que transcurre, están los alemanes más adentro de los territorios enemigos, y los aliados más compungidos y más descalabrados.

(El señor B).—Pero cuando llegue el momento de nuestra ofensiva, se pondrá de manifiesto cuán

artificial es el pseudo poderío germano, puro aparato y mera fantasía.

—¿Cree V. en serio que de pronto se derrumbará todo el tinglado y el vencedor pedirá misericordia? ¡No ha de llover poco antes y cuánto han de sudar ustedes previamente! Ya le dije a V. que no me mame el dedo; cuénteles V. la historia al señor A, que puede ser que se alegre.

(El señor A).—¡Para alegrías estoy! Me tiene indignado la conducta de Suiza. Pues ¿no resulta ahora que los señores suizos hacen un activo contrabando con Alemania?

—¿Cañones? ¿Municiones? No sabía yo que los suizos tuvieran fábricas de armas.

(El señor A).—Está V. en el limbo, don Subrio. Lo que envían los suizos a los condenados germanos son víveres y hasta ¡chocolate! ¡pásmese V.! ¡Se necesita descaro!

—No atino en el delito. ¿Acaso rechazan ustedes pudorosamente las mercaderías que reciben, o por el contrario sacan ustedes de los neutrales todo lo que pueden, comenzando por las subsistencias?

(El señor A).—Pero los suizos faltan a las leyes internacionales, se mofan del derecho...

—Me deja V. atónito. ¿V. puede importar lo que le conviene y los alemanes no?

(El señor A).—Es que nosotros hemos declarado el bloqueo económico de Alemania, y el que lo quebranta burla el derecho, nos ofende, se ríe de la ley...

—De la ley del embudo, debe V. de añadir. Si ustedes han declarado el bloqueo económico de Alemania, ésta ha proclamado el de Inglaterra, y por consiguiente quien quiera que lleve mercancías a los puertos ingleses, se burla del derecho, se ríe de la ley...

(El señor A).—¿Cómo puede imponer Alemania el bloqueo, don Subrio?

—Con sus submarinos.

(El señor A).—Por cada barco que hunden, pasan cien; el bloqueo no es eficaz y por lo tanto a nadie obliga ni nadie está en el caso de respetarlo. Mientras que nosotros...

—¿Cómo pueden ustedes impedir que Suecia y Noruega y Dinamarca y Suiza y Rumanía y lo que fué Serbia, y Bulgaria y Turquía y toda el Asia comercien con el centro de Europa?

(El señor A).—En el caso de Suiza median los tratados, según los cuales, lo que Francia exporta a Suiza no puede ser reexportado a Alemania.

—Tratado que los suizos cumplen. Consumen ellos lo que ustedes les mandan, y a su vez venden a Alemania los productos nacionales. ¿Qué mal hay en eso?

(El señor A).—Se elude el cumplimiento del derecho. ¿Se ha convencido V., por fin?

—Lo único que veo es que los suizos hacen negocios, y si por añadidura son buenos, miel sobre hojuelas, y en cuanto al derecho, dígame V. ¿qué objeto tienen esas enormidades que ustedes llaman pomposamente tratados, leyes, justicia, etc., etc.?

(El señor A).—Obligar a Alemania a rendirse por hambre.

—¿Ignora V., señor A, que no hay derecho que pueda prevalecer sobre el derecho natural? ¿Olvida usted, ahora que le ha dado, señor fariseo, por fre-





Damas austriacas en la estación de Linz, junto al Danubio, esperando el paso de los trenes militares, para obsequiar con meriendas a los tropas



Instrucción de soldados ingleses en un campo de batalla en miniatura





El canal de Suez



Dunquerque y el puerto



cuentar las iglesias y rezar, con reservas mentales e imponiendo condiciones a la Divinidad, que hay que dar de comer al hambriento y de beber al sediento? Y por la observancia de esos sagrados preceptos ¿se enfurece V. con los suizos? Cúlpese a sí mismo; aprenda a *progresar* de veras en el campo de batalla o acábese de perniquebrar y no se meta en libros de caballería.

(El señor A).—He sido un necio, suscitando esa cuestión. De antemano sabía que no convencería a usted y que el acuerdo entre nosotros es absolutamente imposible.

—También lo sé yo, y sin embargo me complace mucho el tirarle de la lengua.

(El señor A).—Pero rabia V. al cerciorarse de que ni me convence ni me convencerá jamás.

—Se engaña V. No es eso lo que pretendo. Lo único que me mueve, y lo consigo, es presenciar el derecho del pataleo en acción. ¿Qué quiere V? La humanidad es flaca y se goza con las tristezas y las debilidades ajenas, ¿comprende usted bien, señor A?

(El señor A).—De tal palo, tal astilla. Esos instintos son ruines...

—No tanto como los de quienes sueñan con matar de hambre a las mujeres y niños y dejan *poner pie* en sus posiciones a los hombres. ¿He dicho algo? ¡Ja, ja!

(El señor A).—¡Bombardadores de iglesias, arrasadores de pueblos, destructores..!

—Se me ocurre una pregunta: ¿Quién tiene la culpa de esas devastaciones?

(El señor A).—No merece una respuesta. Lo evidente y palpable no se pregunta.

—Es decir ¿que la artillería francesa no cañonea los pueblos franceses, ni la rusa los pueblos rusos? De modo que en el período de las carreras ¿no se refugiaban franceses y rusos—en secreto, siguen todavía refugiándose—en caseríos, granjas, aldeas, pueblos, ciudades, hospitales, catedrales? ¡Váyanse ustedes a campo libre, y no perderán los alemanes el tiempo y el dinero bombardeando casas y lugares! Pero está visto, miden ustedes con el mismo rasero a todas las gentes pacíficas, sean alemanes o llámense franceses; digo mal, cuando pertenecen a la raza polaca, el trato es un poco menos suave. ¡Qué lástima que no nacieran ustedes en el tiempo de Licurgo! Entonces sí que les adoraría en los libros, después de mirar cuántos palmos de tierra cubren sus ornamentos. ¡Qué diferente porvenir sería el nuestro! ¡Sí, señor, el nuestro! porque aunque no lo parece, V. y yo somos compatriotas, bien que yo me acuerdo más del alcalde de Móstoles y a V. le han sorbido los sesos los artículos de Barrés! ¿Cuándo aparecerá otro Cervantes que sepulte las modernas caballerías de nuestra época, que se enderezan, no a consolar viudas y destacer entuertos, sí a borrar los sentimientos de patria y raza!

(El señor A).—Me ofende V., don Subrio. Ha tomado V. como estribillo el patriotismo.

—*Ex abundantia cordis*. Cada cual habla de lo que tiene dentro.

(El señor A).—¿Y yo no tengo nada? Más que agresivo, se pone V. ridículo.

—Pero conservo mis miembros y mis huesos, cosa que no pueden decir todos.

(El señor A).—¡Basta, don Subrio! No volveré a discutir con V. en los días de mi vida.

—Hasta la semana próxima; ¿no es V. de la misma opinión, señor B?

(El señor B).—Lo que le digo es que no gallee V. tanto. Alemania ha cometido muchos errores, y los errores se pagan pronto o tarde. Un crítico prestigioso y eminente, técnico,...

—No diga V.: verde y con asas... Nombre V. a Repington y acabará de una vez.

(El señor B).—Quien se atolondra tropieza y cae, mi querido contrincante.

—¿Va V. a ensañarse con los generales de las gloriosas e históricas retiradas, vulgo fugas?

(El señor B).—Quiero decir que el crítico a que aludía es español por los cuatro costados.

—No tanto, no tanto; sólo lo será por uno: el de la vivacidad meridional.

(El señor B).—El referido crítico, cuya competencia está bien probada y no negará V...

—¡Cuánto preámbulo, señor B! ¿Me permite usted reirme por adelantado?

(El señor B).—Recuerda dicho publicista los tres grandes errores de Alemania: primero, el de la invasión de Bélgica...

—Que tan caro ha costado a los belgas y a sus protectores los galos y britanos.

(El señor B).—Segundo: la invasión de Serbia, que dió lugar al desembarco de los aliados...

—Sí, en Salónica, con billete de ida y gloriosa retirada a Gallípoli. ¿Habla V. en serio? ¡Eso no es propio de un crítico, sino de un rapador de pelucas?

(El señor B).—El tercero, es el ataque a Verdun, sin sospechar que iría allí Petain.

—Nombre que suena a cañonazo. Dios nos conserve muchos años a ese crítico y a sus colegas; a usted para que continúe preparándose, o con la boca abierta, mientras los otros arrear, y a mí para conllevar mejor las penas. Conviene echar una canita al aire de vez en cuando.

(El señor B).—¿Qué tiene V. que objetar a esos tres indiscutibles errores?

—Que lamento en el alma que sean tan pocos. Si en vez de tres hubieran sido treinta ¡qué fortuna! Me hubiera llegado a la frontera a saludar a los teutones.

(El señor B).—Es el caso que todos los periódicos vienen llenos de comentarios sobre esos y otros errores cometidos por los alemanes. ¡Cuando el río suena, agua lleva!

—Me ha arrebatado V. el repertorio de refranes. Lo malo es que los aplica V. al revés. Y no ha leído usted nada sobre los errores de galos, senegaleses, britanos, argelinos, belgas y demás compañeros de fatigas, ya que no de glorias, aparte de las consabidas.

(El señor B).—Nada, ni una palabra; lo cual demuestra que los únicos...

—Demuestra que los alemanes tienen obsesionados lo mismo a sus amigos que a sus enemigos; no hay prueba ni demostración mejor de la realidad. No nos ocupamos ni paramos mientes en el pordio-sero ni en el caído, mientras que las censuras, las críticas y los aplausos se enderezan siempre a la cumbre. Conque vengan errores, señor B! Los que los descubren, padecen insomnios y pesadillas, persegui-



dos por la sombra del poderío y del esplendor de Alemania. En cambio, no les quita el sueño lo que han hecho o dejado de hacer Bélgica y Rusia, Inglaterra y Francia, Serbia y Japón. Demasiado saben que estas naciones harán a la postre algo parecido a lo que hicieron Bernardo, el de la espada, y Ambrosio, el de la carabina; con el tiempo se añadirá, Juan, el de la escuadra.

(El señor B).—Me extraña que no haya V. citado a Italia.

—Es más avisada. Ya sabe V. que se reserva con el ejército intacto, para imponer condiciones, que el egregio Annunzio está escribiendo en endecasílabos más o menos cojos, para no desentonar ni del autor ni de sus aliados. ¡Qué cosas se oyen en el siglo xx! Si tiene V. algo más en el buche, sáquelo pronto, que se hace tarde.

(El señor B).—Puesto que V. me reta, sepa usted que van a desembarcar más rusos en Francia.

—Ha desvanecido V. mi buen humor. ¡Pobres rusos, pero no menos dignos de lástima que los blancos, negros y amarillos que, sin sospecharlo ellos, se envían como carnaza a ser pasto del cañón! V., hombre civilizado y culto, que condena las inhumanas costumbres de los antiguos, se relame de gusto, acaricia el derecho y da palmaditas a la fraternidad, a la igualdad y a la justicia, pensando en la triste muerte que aguarda a tantos infelices ¡gladiadores modernos! ¿Es posible que determinadas personas banqueteen y duerman tranquilas? ¡Oh, excelsa Francia y libre Inglaterra, asiento del genio humano, habéis añadido un nuevo florón a vuestra corona: el de los ejércitos de exportación! ¡No en balde abolisteis la esclavitud!

SUBRIO ESCÁPULA

## SALÓNKA Y TORRES VEDRAS

Salónka es una ciudad de unos 150.000 habitantes. A consecuencia de su situación en el lindero E. del bajo Vardar es punto de tráfico de toda Macedonia, Servia y Bulgaria occidental. Posee un magnífico puerto con capacidad para unos 300 buques, lo que le da un movimiento comercial considerable.

Como plaza fuerte era Salónka, hasta hace muy poco, una fortaleza sin valor, pues sus obras datan desde los tiempos medievales. Después de la última guerra balcánica (1913) que dejó a los griegos dueños de Salónka, el gobierno heleno resolvió fortificarla de nuevo. Con tal objeto se acordó un plan de fortificaciones, según el cual la nueva fortaleza debería estar constituida por un cinturón de fuertes y de reductos, distantes de la ciudad 7 u 8 kms, que la protegerían de un ataque por tierra.

Al desembarcar las tropas aliadas en Salónka las fortificaciones no estaban aún terminadas; pero los anglo-franceses se pusieron en actividad y a fines del pasado diciembre la primera línea de defensa estuvo concluida y a renglón seguido principiaron la segunda y parte de la tercera.

El punto medio de la primera línea lo forma la aldea de Topsis, 20 kms. noroeste de Salónka, entre las líneas férreas a Karasuli y Monastir, en donde se ha construido una fuerte cabeza de puente. Esta

primera línea parte de aquí y dirigiéndose a lo largo de la ceja izquierda de las alturas del Vardar corre en dirección N., dobla después, como a 20 kms. de Salónka, y en curva regular, tomando las alturas, rodea a Salónka por el O.

El punto de apoyo principal de la segunda línea—que actualmente se construye—lo forman las alturas N. de Salónka en el camino a Doiran, donde igualmente se ha levantado una cabeza de puente sobre el Waliko. Este segundo semicírculo corre casi paralelo al primero, pero está situado tan cerca de la ciudad que el efecto de toda acción sobre él repercutirá inmediatamente en la ciudad. Los anglo-franceses abren detrás de esta línea nuevos caminos y reparan los antiguos. Casi todos sus campamentos están provistos de grandes camiones automóviles para transportar rápidamente tropas en caso dado.

No obstante que los aliados quieren hacer de Salónka una plaza inexpugnable, sin embargo han previsto todo lo concerniente para el caso de una retirada. Como el solo puerto de Salónka no sería suficiente para el embarque de tropas con debida celeridad han elegido otros puntos de embarque, teniendo en consideración las líneas de retirada.

Como tercera posición y extremo de retirada, parece haberse elegido la península de Calcídica.

Veamos ahora la importancia de las fortificaciones de Salónka comparada con Torres Vedras. Torres Vedras, ciudad de la provincia de Extremadura en Portugal, con 7.000 habitantes, situada sobre el ferrocarril Lisboa-Figueira da Foz.

Merced a las líneas fortificadas de Torres-Vedras, el duque de Wellington, instalado dentro de ellas, paralizó la marcha del ejército de Massena, que avanzaba sobre Lisboa, impidiendo así que los ingleses fuesen arrojados de la península Ibérica.

Las posiciones de Torres Vedras consistían en dos líneas fortificadas, situadas unas detrás de otras y se extendían desde la ribera O. del mar Atlántico hasta la otra ribera E.

Además, en San Julián se había levantado una sólida cabeza de puente, que aseguraba el embarque y desembarque de las tropas anglo-portuguesas. De esta manera se hubo creado un extenso campo, de 40 kilómetros de ancho por 50 de profundidad.

Cada línea consistía en 70 obras atrincheradas provistas de 524 cañones. Estas obras estaban tan bien situadas que podían tomar bajo sus fuegos a todos los caminos y pasos de los montes. Aquellas partes que quedaban en ángulo muerto estaban sembradas de obstáculos que hacían difícil el acceso. Durante siete meses trabajaron 7.000 obreros en levantar estas líneas e hicieron de ellas una posición tan fuerte que no podía ser forzada por un ejército de campaña. Cinco meses y medio permaneció Massena delante de ellas esperando el tren de sitio. El servicio de aprovisionamiento para sus tropas se hacía cada vez más difícil, porque los guerrilleros mortificaban terriblemente el servicio de retaguardia, en tanto que los ingleses en comunicación libre con Inglaterra no carecían de nada. En el mes de septiembre de 1810 Massena atravesó la frontera de Portugal a la cabeza de 63.000 hombres, a los cuales se le unieron más tarde 6.000 más; a su regreso en marzo de 1811 no tenía más de 45.000. Una tercera expedición a Portugal fracasó como las dos primeras.



Natural es, pues, que se tome a Torres Vedras como modelo para toda empresa que tenga que vérselas con una posición atrincherada, ya que el ejército parapetado en ella puede, con fuerzas débiles, contener a un adversario superior en número. En guerras recientes hemos visto también el valor de las posiciones atrincheradas, en Port-Arthur y Tchaltdja. Por eso, pues, los anglo-franceses cifran grandes esperanzas en su Torres Vedras macedónico.

Salónica debe impedir al adversario que utilice un puerto importante y un nudo ferroviario; crear una base de partida para una ofensiva en la península balcánica. Debe, además, amenazar por el flanco la marcha de un ejército enemigo que opere contra Egipto; vigilar la actitud de Grecia y ejercer cierta influencia en Rumanía. No es, pues, poco lo que se exige y se espera obtener de las posiciones fortificadas de Salónica.

Pero lo que a simple vista da a Salónica un valor militar tan igual a Torres Vedras, el más ligero raciocinio descubre las cosas de manera distinta. En efecto, la naturaleza del suelo no favorece al defensor. La ventaja principal de las líneas de Torres Vedras, de alcanzar de mar a mar, asegurando así el apoyo de los flancos y el activo auxilio de la flota, no existe en Salónica, y caso de pretender obtenerla la posición tendría que extenderse sobre la península de Calcídica para alcanzar el golfo de Orcano, lo que conduciría a aumentar la posición en unos 100 kms. y dejar al principal puerto, Salónica, en una situación excéntrica en el ala izquierda. Las líneas de Wellington y los caminos de retirada y puertos de embarque estaban situados sobre terreno del aliado; los adversarios tenían que abrirse paso a través de territorio enemigo. Hoy, en Salónica, no existen esas circunstancias tan favorables al defensor. Los anglo-franceses están atrincherados sobre un terreno ajeno, cuya neutralidad ni siquiera está asegurada y sus adversarios operan en parte desde un terreno conquistado y sometido, del cual nada tienen que temer, y en parte desde territorio aliado.

La importancia de Salónica tiene, pues, un valor restringido, y es el de limitarse a servir de base para una campaña en los Balcanes. Pero aun, hasta en este caso, su situación es precaria, ya que un gran ejército no podrá aprovisionarse fácilmente y ¡ay! de los soldados que no están bien comidos; y un pequeño ejército es demasiado débil para una ofensiva en grande escala.

Jamás las diversiones militares han producido un resultado halagüeño; siempre han sido características de mediocres concepciones estratégicas, de falta de objetivo único, y han manifestado debilidad por parte de quienes las han emprendido. Recórrase las páginas de la historia de la guerra y se verá la atmósfera de fatalidad que las envuelve. Verdad, que esta diversión tiene en sí su valor político; pero en sentido estrictamente militar su valor es así como el de un cero y manifiesta torpeza evidente. Nunca en una guerra debe prevalecer el objetivo político sobre el militar. Cuando, por desgracia, tal acontece, la empresa se encamina al desastre, si a tiempo no se ponen en juego todos los medios para subsanar los errores.

«Experientia est rerum magistra».

J. C. GUERRERO

## LA ADMINISTRACIÓN ALEMANA EN EL TERRITORIO OCUPADO POR LOS EJÉRCITOS DE HINDENBURG

(Por el Gran Cuartel General alemán).

En noviembre de 1915 quedó terminada la completa organización de la administración central en el lugar de la residencia del mariscal von Hindenburg.

A las secciones usuales en cualquier alto mando militar se han añadido cinco nuevas secciones administrativas. El poder ejecutivo está en las manos del mariscal de campo, el cual, junto con el general Ludendorff y del maestro del Cuartel general von Eisenhart-Rothe, decide de las cuestiones más importantes. Las cinco nuevas secciones que se unen a la nueva administración central son la del Interior, la de Hacienda, la de Agricultura, la de Cultos y la de Justicia. De los jefes administrativos de los diversos territorios como Curlandia, Lituania, Suwalki y Grodno dependen los jefes de circunscripción de una serie de oficinas dirigidas por un capitán de circunscripción. Las oficinas de circunscripción son los pilares fundamentales de la administración alemana en el país. A ellas está incorporado un juez de paz y a su disposición se halla un cierto número de gendarmes. Está en proyecto y en parte realizándose, la ramificación de estos organismos con el nombramiento de funcionarios locales, pero tropieza con grandes dificultades a causa de la falta de personalidades respetables en el país. Sólo Curlandia está mejor en éste como en los demás extremos referentes a las personas, pues allí la población puede colaborar con los ocupantes.

Al establecer los diversos territorios administrativos se ha procurado en lo posible respetar la distribución rusa. Así han nacido los cinco territorios ya citados.

Curlandia abarca, a excepción del pequeño extremo de Düna, el ex-gobierno ruso de Curlandia en una extensión de unos 27,000 kilómetros cuadrados. En la división por circunscripciones se ha respetado también en lo posible la hecha por los rusos.

Más fácilmente que en cualquiera de los demás territorios ocupados pudo la administración de Curlandia aprovechar instituciones ya existentes y servirse de la labor abnegada de la población. Grandes dificultades ocasionó al principio la despoblación sistemática que había sido practicada por los rusos, máxime cuando se trataba de recoger la magnífica cosecha. Pero aprovechando convenientemente todas las fuerzas disponibles logróse en esencia el fin deseado. Todavía en noviembre, cuando empezaban ligeras heladas, vi trabajadores en los campos y aun cuando el cereal adquirido a última hora, no se prestaba a un largo almacenaje, una vez seco tenía un buen aspecto y podía muy bien consumirse por la población. Exteriormente esas pequeñas oficinas de los pueblos de Curlandia se asemejan ya mucho a las alemanas. Son casitas amables dentro de las cuales se practica un trabajo activo con la cooperación de los diversos funcionarios como el juez de paz y el capitán de circunscripción. Las relaciones con la población letona, que al principio recibió con hostilidad a las instituciones alemanas, han mejorado mucho, de manera que hasta hoy no puede de-



cirse que haya conflicto alguno. La convivencia de los bálticos germánicos y sus administradores alemanes es uno de los hechos más agradables que he contemplado en esos tiempos graves.

En Lituania las cosas han sido más difíciles y más lentas porque era imposible contar con una cooperación de la población indígena, mantenida intencionadamente por Rusia en un muy bajo nivel de cultura. Trátase de un territorio de unos 34,000 kilómetros cuadrados que lo mismo que Curlandia ha sufrido considerablemente a causa de la guerra y ha sido abandonada por casi un tercio de su población. La residencia del jefe de la administración letona, príncipe Ysenburg, es todavía Tilst, ya que Wilna no pertenece a su radio y no existe otra ciudad adecuada. En Lituania no fué posible apoyarse en las divisiones antiguas e históricas: y fué preciso crear nuevas circunscripciones. Como en Curlandia, lo más importante fué de momento obtener la cosecha que también era superior a la normal. Luego fué preciso cuidar de la alimentación del pueblo, del cuidado de los enfermos y de la instrucción, tarea ésta muy difícil en un país con un 60 por 100 de analfabetos. La mayor parte de los maestros que eran rusos ortodoxos, huyeron y no fué fácil hacerse con un número suficiente de maestros alemanes que dominaran la lengua letona. Otra dificultad estaba en que los letones prusianos son protestantes, mientras que los letones rusos son católicos. Por estas razones se creó el maestro de campaña, aprovechando elementos movilizables e inútiles para luchar y poniéndolos allí donde hacían más falta. Esta creación del maestro de campaña es uno de tantos ejemplos que prueban cómo la guerra planteó constantemente problemas insospechados y cómo la administración alemana ha de crear tipos completamente nuevos a fin de satisfacerla. En general, en Lituania, todo ha de crearse de nuevo, pues las instituciones de esa hijastra de Rusia son inservibles en los tiempos actuales y además la primitiva máquina administrativa rusa ha caído a pedazos durante la guerra. Rusia combatía sistemáticamente hasta hace poco la lengua letona y por esta razón no hay una sola imprenta en el país. Apenas se ha podido encontrar un lenguaje escrito sirviéndose del alfabeto *checo*. Los libros de escuela vienen de Alemania. El sistema de los impuestos sigue poco más o menos como en tiempos de los rusos. Las fuentes de la administración de justicia son el Swodsakonow y el código penal ruso de 1903. También en este punto ha sido diferente la suerte de Lituania que la de Polonia en la cual rige el código Napoleón. En muchos casos no hay sin embargo más remedio que dictar los juicios por equidad.

En el distrito de Wilna que abarca 18.000 kilómetros cuadrados preocupó ante todo el aprovisionamiento de la gran ciudad de Wilna que tiene unos 200,000 habitantes. Aprovisionar a una ciudad tan grande que en tiempo normal había dispuesto de un gran radio agrícola, era muy difícil en la nueva situación, sobre todo por cuanto durante las luchas que se desarrollaron por la ciudad, grandes ejércitos rusos habían sacado de ella sus provisiones. El problema resolvióse por fin bastante satisfactoriamente sin echar mano gran cosa a los recursos de la nación, gracias a la colaboración activa de la ad-

ministración civil y sobre todo del conocido burgo-maestre de una ciudad del E. de Prusia, y a las energías de las autoridades militares, especialmente del malogrado gobernador de Wilna, teniente general Wegner, el cual estaba compenetrado de las necesidades de la ciudad confiada a sus cuidados y muy a menudo se le veía por las calles preguntando a las gentes en dónde faltaba algo. La administración de Wilna se hace difícil por los conflictos entre letones, polacos y judíos, cada uno de cuyos pueblos desearía privilegios especiales. Así, se intentó distribuir una suma de dinero reunido por los letones que vivían en el extranjero, contentando también a los polacos y ésto no agradó mucho a los letones. Es claro que la administración alemana se eleva enérgicamente por encima de todos esos movimientos particulares, pero de todos modos no puede decirse que éstos faciliten su labor. Así hubo que obligar a las pocas sociedades cooperativas y sindicatos profesionales urbanas y rurales de Wilna y de Lituania a que no hicieran política como la habían hecho principalmente hasta entonces, y se dedicaran a los fines materiales para los que habían sido fundadas.

En la misma gran ciudad de Wilna, la práctica de la instrucción pública se hace sumamente dificultosa. Para 18,000 escolares hay unos 150 maestros y algo parecido pasa con los 8,000 estudiantes de segunda enseñanza. La población judía poseía escuelas religiosas inspiradas en el Talmud, que en parte siguieron funcionando y los polacos tenían escuelas privadas que a pesar de ser carísimas (216 marcos) funcionaban muy mal y esto explica la tendencia a mandar niños de Wilna y Lituania al gimnasio alemán de Goldingen. La colonia luterana que se compone de 1,500 individuos mantiene una escuela de lengua alemana. En lo demás, la enseñanza en los territorios ocupados tiene lugar en la lengua indígena.

La administración de Suwalki abarca 10 mil kilómetros cuadrados o sea la mayor parte del gobierno ruso de este nombre. Una gran parte de ese territorio, después de la ocupación provisional que siguió a la batalla masúrica, ha vuelto a nuestras manos después de la gran campaña de invierno y en febrero de 1916 habrá hecho un año que está bajo la administración alemana. Los resultados de esta administración saltan a la vista, pues en la ciudad reinan una limpieza y un orden hasta ahora desconocidos.

Finalmente se ha organizado el distrito de Grodno que comprende principalmente la capital y la fortaleza de este nombre. Cuando yo estuve en Grodno parecía existir allí grandes provisiones y la alimentación de los 12.000 habitantes que pertenecen al Gobierno no parecía ofrecer dificultad alguna. También la instrucción de aquella ciudad limpia y cuidada de sí misma, parecía ser digna de alabanza. Sus importantes fábricas de cigarrillos prosiguen su trabajo. La administración del gran distrito industrial y de la ciudad de Bialystok, con unos 300 mil habitantes en total ha tenido que luchar con dificultades análogas a las que ofreció la ciudad de Wilna.

Esta breve enumeración de las diversas administraciones demuestra cuán compleja y difícil es la labor de la administración central del ejército de Hindenburg. Los diversos jefes administrativos go-



zan de una gran libertad de acción y sólo se les prescriben los principios generales de su conducta. Uno de ellos es que la administración ha de ser lo más simple que se pueda. Los gastos han de cubrirse por medio de impuestos proporcionales a la capacidad del país, de monopolios y de aduanas. Grandes esperanzas se tienen puestas en el monopolio de los cigarrillos que no ha de suprimir la libre concurrencia de los fabricantes y no obstante ha de aportar grandes ingresos al fisco. Está preparándose la organización del correo civil en los territorios ocupados, pri-

mero para las grandes ciudades y poco a poco también para el campo. A fin de poner a la población al corriente de los acontecimientos y acostumarles poco a poco a la mentalidad alemana, se han creado gran número de periódicos en Kowno, Wilna y otras poblaciones. También se publicarán periódicos en lengua indígena si ya no existen. La administración forestal alemana cuida de que se opere un racional aprovechamiento de los grandes bosques de estos territorios.

## CRÓNICA MILITAR

I. Los errores del mando italiano.—II. Un nuevo aspecto de las operaciones en Verdun.—III. La situación el 24 de Mayo

### I.—Los errores del mando italiano

Entraron los italianos engañados en la guerra. Tomando los deseos por realidades, olvidaron demasiado pronto la pujanza de las armas austriacas, que tan serios disgustos les dió en 1859 y 1866; olvidaron también los deplorables cuadros de Abisinia y los recientes sinsabores de Libia. Interpretando la actitud conciliadora de Alemania y las cesiones territoriales que Austria ofrecía como señales inequívocas de debilidad, juzgó Italia que su intervención en la guerra le produciría espléndidas ventajas y la afirmaría, por derecho propio, en uno de los lugares preeminentes del concierto de las grandes potencias, o acaso llegó a imaginar que con su actitud decidiría el gran conflicto. Abrazó el partido de la guerra en los momentos mismos en que comenzaba el tremendo desastre de los rusos en Galizia, y no supo o no quiso comprender lo que habíamos advertido ya, en febrero de 1915, quienes estábamos muy alejados del área de las operaciones: que el ejército ruso había entrado en el período de su decadencia. Como todo lo que se piensa demasiado, la resolución de Italia fué tardía e inoportuna. No había más que un camino para reparar este desacierto: la energía, la rapidez en la acción, y este camino fué abandonado.

Al cabo de un año de lucha, el cuadro de la campaña austro-italiana aparece con trazos sencillos y claros. Desde el día mismo de la declaración de guerra, el generalísimo, tal vez impresionado por los acontecimientos de Galizia, obró con desconfianza. Repartió la masa de sus fuerzas en dos grupos, enviando el menor al bajo Trentino y lanzando el mayor al sector del Isonzo; una ligera cortina de tropas marcha a observar los pasos de los Alpes.

Los austriacos evacuaron espontáneamente en el Trentino las líneas avanzadas y ocuparon las posiciones principales; lo mismo hicieron en el Isonzo; a los Alpes destacaron pequeños destacamentos. Su objetivo se reducía a resistir todo el tiempo que necesitaban para completar la realización de sus objetivos principales en los demás teatros.

Los primeros pasos de los italianos fueron fáciles; avanzaron en terreno no disputado por el enemigo. Llegados en el Trentino a la vista de las posiciones austriacas, sus esfuerzos se estrellaron, y no consi-

guió el invasor ganar un palmo de terreno; pocas semanas después de romper las hostilidades, la campaña en esta región quedó prácticamente en suspenso. El empuje más fuerte tuvo lugar en el Isonzo: una, dos y tres veces se entabló una batalla en grande escala, sin el menor resultado; sólo en el extremo derecho de la línea consiguió el invasor en los primeros tiempos, adueñarse de Montfalcone. En agosto, estaba fuera de duda que la ofensiva italiana había fracasado y fracasaría probablemente también en lo porvenir. La opinión general y la de los críticos, de acuerdo, dejó de prestar atención a ese teatro. Desde entonces, se entregaron los italianos a la guerra de montañas; llevaron su actividad a conquistar picos y puertos, de importancia nula, desarrollándose escaramuzas e insignificantes combates que sirvieron para llenar, meses y más meses, los partes oficiales.

¿Qué se proponía Italia? Lo que una parte de la prensa denomina «ganar tiempo», pero que en realidad es perderlo. Esperaba que rusos y franceses dieran al traste con el poderío de los Imperios centrales, y, llegado este caso, el ejército italiano avanzaría sin dificultad y asestaría el golpe de gracia. Método falso, porque si se esperaba de él la victoria, no había necesidad de declarar la guerra en mayo del año pasado.

Austria-Hungría, entre tanto, con la ayuda de búlgaros y alemanes, rechazó la ofensiva rusa, confirmando la impotencia de los moskovitas; deshizo a Serbia y derrotó a Montenegro; ocupó Albania y encerró a los italianos en Vallona, que de este modo crearon a orillas del Adriático un grano maligno para ellos mismos, como lo es el de Salónica para los aliados. Logradas estas ventajas, Austria, sin precipitaciones, con toda tranquilidad, preparó una campaña en el Tirol, cuyos preliminares no quedaron inadvertidos al adversario.

Resulta que Italia, mal informada sobre sus propias energías y las austro-húngaras, se propuso avanzar en el Trentino y en el Isonzo; fracasado su plan, en lugar de repetir el ataque en uno de los dos sectores, empeñando todas las tropas disponibles e hipotecando en la empresa su voluntad, se resignó a entretener las operaciones, a dejar que transcurriera el tiempo, de lo que se ha originado la dispersión de fuerzas en todo el frente, contra el principio inconcuso de reunir las en el lugar más importante. Al



obrar así, el generalísimo ha incurrido en una falta más grave que la de dejar incumplidos los sencillos preceptos de la estrategia: no ha tenido en cuenta la configuración general de la frontera, favorable a los austriacos, que permite y facilita los ataques de flanco. El general Cadorna ha mantenido su ejército en una posición difícil y arriesgada; su inacción ha abandonado a los austro-húngaros probabilidades de éxito, de que antes carecían; ha dejado que se extinguiera el primer entusiasmo de su ejército y que la superioridad moral pasara al otro campo. No tienen derecho los italianos a lamentarse de la lección que han recibido, puesto que les incumbe la culpa por entero; y pueden considerarse afortunados, si el primer descalabro no es seguido de otros más graves.

Las primeras batallas a que ha dado lugar la ofensiva austro-húngara en el Tirol, descubren la distancia que media entre los dos ejércitos: mando y tropas. El terreno ganado premiosamente, en una lucha interminable, por los italianos, ha sido reconquistado en días, casi en horas. Una cantidad de prisioneros y de material de guerra, extraordinaria en aquel teatro, ha sido la consecuencia obligada de la energía y virilidad del mando austriaco, ante la blandura y la irresolución del italiano. El ejército latino ha resistido la primera prueba sería peor que el ruso, el francés y el serbio; sin embargo, la primera materia es buena y la instrucción y el material envidiables; lo cual ha de despertar tristes reflexiones en los cerebros de los generales italianos. No es de esta manera como se obtienen las victorias.

La *voluntad*, el *amor a la responsabilidad*, parecen haber huído de los ejércitos aliados. La grande, la suprema aspiración, consiste en no perder, en no ser derrotados; para ello es indispensable *desear* la victoria y perseguirla por todos los medios. Quien es tan modesto en sus aspiraciones que las reduce a no ser vencido, corre aunque no quiera hacia el abismo. Educados los generales austro-húngaros en la escuela de las grandes batallas contra Rusia y de la invasión de Serbia, han desarrollado su primera ofensiva en el Tirol conscientes de su superioridad, sin detenerse ante la posibilidad de un descalabro. Brillantemente acaban de demostrar que no les son menester la ayuda y el consejo de sus aliados, los alemanes, para batir a los italianos, y que una defensiva de once meses no ha extinguido en aquel ejército sus cualidades dinámicas, las de los grandes resultados.

## II.—Un nuevo aspecto de las operaciones en Verdun

La prensa francesa reconoce que la superioridad numérica del ejército defensor de Verdun es notoria, aunque niega que los efectivos están en la relación de 2 a 1, comparados con los alemanes. Atenúa esta declaración consignando lo que es bien sabido: la artillería pesada alemana es mucho más fuerte que la francesa. Leyendo bien lo que dice aquella prensa, se adivina que la situación de las tropas defensoras es realmente inquietante.

El sitiador mantiene en el frente expugnado efectivos bastante débiles, protegidos por su artillería, pero en constante acecho; apenas los franceses disminuyen sus tropas en un punto, se pronuncia un ataque y los alemanes ganan terreno. En estas con-

diciones, el general Petain se ve obligado a no debilitar las fuertes guarniciones de primera línea, en las que los cañones alemanes causan terribles destrozos, tanto materiales como morales. Puede compararse Verdun a un inmenso hormigero humano, batido noche y día por una artillería incontrastable, que lo enloquece, lo trastorna y lo disloca; casi sin bajas, el sitiador lleva a cabo su obra de avance y destrucción, efecto que no hubiera podido conseguir en otro lugar cualquiera de la línea occidental. Todavía en la región al E. del Mosa, los profundos barrancos y quebradas cañadas que la cortan se prestan a que el defensor encuentre abrigos desenfilados; pero en la orilla izquierda los relieves son más suaves, más anchos y regulares los valles, y los franceses han de buscar un refugio imaginario en sus trincheras, que presentan buen blanco a los disparos enemigos.

Mes y medio llevan las tropas del general Petain en estas condiciones tan terribles; el mero hecho de haberlas soportado tanto tiempo es un timbre de gloria; pero ¿podrá prolongarse mucho tiempo esa tensión nerviosa? Hasta ahora, los continuos relevos de cuerpos y las abundantes reservas, permitían conllevar las dificultades; con todo, no es posible que la resistencia, si no toma otro carácter, siga indefinidamente. ¿Cuál será el estado de ánimo de un ejército numeroso, aguerrido, que se siente con facultades para la lucha, y ha de resignarse, impotente, a ser destruido poco a poco por un arma contra la cual no puede valerse? De aquí la impaciencia que se refleja en la prensa francesa. Si la guerra, como decía el mariscal von Hindenburg, es una cuestión de nervios, estamos en la ocasión de que se pongan a prueba los del ejército defensor de Verdun; hasta ahora la ha afrontado victoriosamente, pero la preocupación subsiste: ¿es tolerable, se preguntan en la nación vecina, que no se ensaye algún medio para poner término a este estado de cosas tan peligroso?

Según esto, se explica la poca prisa que se dan los alemanes en activar el sitio. Con un mínimo de riesgos y sacrificios por su parte, castigan duramente al adversario y lo van inutilizando para cuando llegue la hora de las resoluciones decisivas. Si se confirmaran estas indicaciones de la prensa francesa, nada tendría de extraño que la última fase de las operaciones contra Verdun sea tan rápida y brusca como la primera, y que el efecto moral, ganado temporalmente por los franceses, que resisten siempre, aumentara el que a la postre consiguiera el vencedor. Este aspecto de las operaciones merece ser meditado, porque más se destruye a un ejército extinguiendo su espíritu, que destrozando sus fuerzas materiales.

## III.—La situación el 24 de mayo

Desde el 16 de mayo, que se inició, ha continuado vigorosa, enérgica y resuelta la ofensiva de los austro-húngaros en el Tirol. Han caído hasta ahora en su poder 20,400 prisioneros, entre ellos 500 oficiales, 221 cañones, de los cuales varios de grueso calibre, y 16 lanzabombas y dos fuertes acorazados que protegían la entrada en el territorio italiano. En él se encuentran ya las vanguardias del vencedor, después de haber reconquistado el terreno que durante casi un año ocuparon los italianos en la parte S. E. del Trentino.



Limitada la ofensiva al principio a las cinco cuencas que tienen como centros los campos atrincherados italianos de Asiago y Arsiero, se han extendido también al valle del Adigio, llamando así la atención hacia el Sur. El avance se ha realizado en general a favor del ataque más vigoroso emprendido por la columna del ala derecha, resultando en conjunto una maniobra envolvente. El ala izquierda, en el valle del Brenta, pudo avanzar menos en los primeros días, pero luego apresuró la marcha; y el centro, que no se dió prisa en ganar terreno, recorrió enseguida todo el terreno que le separaba de la frontera y se apoderó de los pasos de ésta, así que la amenaza que ejercía el ala derecha contra el enemigo comenzó a dar los resultados que se esperaban.

La campaña que desarrollan los austro-húngaros es de extraordinario mérito y muy difícil, porque a pesar de desarrollarse en terreno montañoso, donde apenas cabe establecer el enlace entre las columnas, se patentiza una perfecta unidad y un concierto de que no han dado jamás pruebas los italianos. Oportunamente la describiré con detalle, porque merece ser bien conocida.

El repliegue de los italianos se está efectuando con verdadero desorden y palpable confusión; apenas pueden ocultar este hecho los partes italianos.

Como de costumbre, el vencido da las razones más peregrinas para explicar su derrota. Las dos principales son la inmensa superioridad de la artillería pesada austriaca y la concentración de las fuerzas del atacante. Es la historia de siempre.

Desde abril anunciaban los italianos la reunión de fuerzas austriacas en la parte meridional del Trentino, rumores que dimos a conocer a nuestros lectores, de suerte que tuvieron tiempo sobrado para adoptar las medidas de precaución indispensables; no pueden ni deben ahora justificarse con su inferioridad de fuerzas, pues si sabían de antemano lo que iba a ocurrir y no se previnieron, obraron con evidente torpeza. Cabalmente esa concentración de fuerzas en los puntos importantes es uno de los méritos mayores del mando, que en este caso es el austro-húngaro, y la división y extensión de esfuerzos ha sido siempre una falta inmensa; ahora ha incurrido en ella el general Cadorna. La superioridad de la artillería austriaca está en el mismo caso; además, en terreno tan quebrado como aquel y teniendo en cuenta que el avance de los austriacos ha sido mayor de veinte kilómetros, es imposible que la artillería pesada haya podido acompañar a las columnas de ataques más que en período inicial de la ofensiva. Lo que ha ocurrido, sin duda, es que después del primer revés las tropas italianas se desmoralizaron y llevaron el germen de la confusión a los refuerzos que a toda prisa había enviado el generalísimo.

Si el mando austriaco se ha revelado a una altura que no ha podido alcanzar el italiano, las tropas del ataque merecen también mejor concepto que las de la defensa. En estos terrenos montañosos, es donde la acción individual y el espíritu de las pequeñas unidades se pone más de manifiesto, desapareciendo en parte los efectos de la acción de las masas. Dueños los austro-húngaros de las vertientes orientales, su ulterior avance va a tropezar con los

*Imp. Castillo.—Aribau, 177.*

campos atrincherados de Arsiero y Asiago. Antes de que los cañones pesados sean trasladados a sus inmediaciones habrá de transcurrir mucho tiempo; pero si la moral de las tropas italianas ha sido quebrantada, no será menester que la artillería lleve a cabo su obra destructora para que las columnas austriacas desemboquen en los llanos.

La actividad de la artillería se ha hecho más intensa en el Isonzo. Es probable que ello obedezca a un principio de retirada de los italianos, que se desea ocultar, como es asimismo probable que si se sostiene con éxito la ofensiva austriaca en el Tirol, se la emprenda también en el Este. Para que la victoria del archiduque Carlos Francisco José dé sus plenos resultados es menester que se la complete con un ataque en el Isonzo o con una segunda maniobra en el Adigio; no ha llegado aún el momento de iniciar esta segunda maniobra, pero se aproxima. La suprema esperanza de los italianos ha de cifrarse en detener la ofensiva del adversario antes de que llegue al llano.

Subsiste la calma en Mesopotamia y Egipto. No ha progresado la marcha de aproximación de los rusos hacia las fronteras de Mesopotamia, desde Persia, pero parece haberse iniciado un movimiento de la columna que opera en el E. de Armenia para aproximarse al grupo que opera en el O. de Persia. En Armenia no ha habido nuevos combates. La artillería y patrullas de infantería mantienen cierta actividad en el frente de Macedonia, donde por ahora no es de creer que ocurra nada importante. No hay novedad en Albania.

Los rusos no cesan de considerar inminente la ofensiva alemana en el sector de Dvinsk; los partes alemanes se limitan a decir que no ha cambiado la situación en aquel frente; únicamente al S. E. de Riga los alemanes han efectuado un pequeño avance local. Ningún otro hecho saliente en el teatro oriental.

En el frente inglés de Flandes, los alemanes han ocupado algunas trincheras, y aumenta la actividad, pero sin haber adquirido caracteres generales.

En la región de Verdun, los combates han recrudecido. Los alemanes han continuado su movimiento envolvente contra la altura 304, habiendo caído en sus manos unos 2,000 prisioneros y varios cañones. También han afirmado sus posiciones en el Mort Homme. Los ataques alemanes, siempre precedidos de una larga preparación artillera, son interrumpidos por contraataques franceses, que disputan palmo a palmo el terreno. En la orilla derecha del Mosa, un enérgico empuje francés permitió reconquistar una parte del derruido fuerte de Douaumont, pero al día siguiente los alemanes restablecieron la situación a su estado anterior, haciendo más de 500 prisioneros. Pequeños avances y retrocesos de uno y otro beligerante en las dos orillas del río no han llegado a cambiar el giro de la batalla. Ésta en conjunto no se ha inclinado a favor de ninguno de los dos bandos en los últimos días.

Ha sido votada y sancionada en Inglaterra la ley del servicio general militar obligatorio.

JUAN AVILÉS  
Coronel de Ingenieros

25 de mayo de 1916.

**Derechos reservados**